LIBRO dot.com

LA MISA DEL ATEO

HONORATO DE BALZAC



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Dedicado a su amigo Augusto Borget

Un médico al que debe la ciencia una hermosa teoría fisiológica, y que, joven aun, logró abrirse plaza entre las celebridades de la Escuela de París, centro de luces; al que rinden homenaje todos los médicos de Europa, el doctor Bianchon, ejerció la cirugía antes de dedicarse á la medicina. Sus primeros estudios fueron dirigidos por un gran cirujano francés, por el ilustre Desplein, que pasó para la ciencia con la rapidez de un meteoro. Según confesión de sus enemigos, Desplein se llevó á la tumba su método intransmisible. Como todos los hombres de genio, no tenía descendientes y se lo llevó todo consigo. La gloria de los cirujanos se parece á la de los actores, cuyo talento deja de apreciarse tan pronto como desaparecen, y cuya fama sólo dura lo que su vida. Los actores y los cirujanos, lo mismo que los grandes cantantes y los artistas que centuplican con su ejecución el poder de la música, sólo son héroes del momento. Desplein ofrece un ejemplo de la semejanza que existe entre el destino de estos genios transitorios. Su nombre, tan célebre ayer y tan olvidado hoy, permanecerá dentro de la especialidad á que se dedicó, sin franquear nunca sus límites. Pero ¿no es necesario que concurran circunstancias inauditas para que el nombre de un sabio pase del dominio de la ciencia, al dominio de la historia general de la humanidad? ¿Poseía Desplein esa universalidad de conocimientos que hacen de un hombre el verbo ó la figura de un siglo? Desplein poseía un golpe de vista divino, penetraba la enfermedad y al enfermo con una intuición adquirida ó natural que le permitía no engañarse nunca en los diagnósticos y determinar el momento preciso, la hora el minuto en que era necesario operar, sacando siempre partido de las circunstancias atmosféricas y de las particularidades del temperamento. Para marchar de este modo de acuerdo con la naturaleza ¿habría estudiado acaso la incesante misión de los seres y de las sustancias elementales, contenidas en la atmósfera ó que provee la tierra al hombre que las absorbe y las prepara para sacar de ellas un jugo particular? ¿Procedía, acaso, con ese poder de deducción y analogía a que es debido el genio de Cuvier? Sea de ello lo que fuere es lo cierto que este hombre se había hecho el confidente de la carne y la comprendía lo mismo en su pasado que en su porvenir, basándose en el presente. Pero ¿ha resumido toda la ciencia en su persona como lo hicieron Hipócrates, Galeno y Aristóteles? ¿Condujo toda una escuela hacia nuevos mundos? No. Si es imposible negar á este perpetuo observador de la química humana la antigua ciencia del magismo, es decir, el conocimiento de los principios en fusión las causas de la vida, la vida antes de la vida, lo que ha de ser antes de ser, es preciso confesar, para ser justo que, desgraciadamente, todo en él fue personal; aislado toda su vida por el egoísmo, e1 egoísmo mata hoy su gloria. Su tumba no está provista de la estatua sonora que repite al porvenir los misterios que el genio establece a expensas suyas. Pero sin duda el talento de Desplein era solitario de sus creencias y, por consiguiente, mortal. Para él, la atmósfera terrestre era un saco generador, veía la tierra como un huevo en su cascarón y no pudiendo saber quién era primero en e1 orden de la existencia, si el huevo ó la gallina, no admitió ni lo uno ni lo otro. No creía ni en el animal anterior ni en el espíritu posterior al hombre. Desplein no estaba en la duda, afirmaba. Su ateísmo puro y franco se pareció al de muchos sabios, que son la mejor gente de1 mundo, pero que niegan la existencia de Dios del mismo modo que algunas gentes religiosas niegan la posibilidad de que pueda haber ateos. Esta opinión no tiene nada de particular en un hombre acostumbrado desde sus primeros años á disecar el ser por excelencia, antes, durante y después de la vida, y á escudriñar todos sus órganos sin

encontrar en ellos esa alma única, tan necesaria para todas las teorías religiosas. Reconociendo en el hombre un centro cerebral, un centro nervioso y un centro aéreo-sanguíneo, de los cuales, los dos primeros se suplen tan bien uno al otro, que tuvo en los últimos días de su vida la firme convicción de que el sentido del oído no era absolutamente necesario para oír, ni el sentido de la vista absolutamente necesario para ver y que el plexo solar lo reemplazaba sin duda alguna, Desplein se confirmó en su ateísmo con este hecho, á pesar de no tener ninguna relación con Dios. Según se dice, este hombre murió en la impenitencia final en que mueren, desgraciadamente, muchos hermosos genios á los que ojalá Dios quiera perdonar. Empleando la misma frase de sus enemigos, diremos que la vida de este hombre ofrecía muchas pequeñeces, ó mejor dicho, muchos contrasentidos aparentes. Sin conocer nunca los móviles que hacen obrar á ciertos espíritus superiores, los envidiosos ó los necios echan mano inmediatamente de ciertas contradicciones superficiales para hacer un acto de acusación, por el cual les hacen figurar momentáneamente. Si más tarde el éxito corona las combinaciones atacadas poniendo de manifiesto la correlación de los preparativos y de los resultados, siempre subsisten, poco ó mucho, las calumnias que le precedieron. Igualmente, en nuestros días, Napoleón fue condenado por nuestros contemporáneos cuando desplegaba las alas de su águila sobre Inglaterra, y hubiera sido preciso el 1822 para explicar el 1804 y las bateas de Bolonia.

Siendo la gloria y la ciencia de Desplein inatacables, sus enemigos criticaban la rareza de su humor y de su carácter, siendo así que lo que tenía el gran cirujano era sencillamente lo que los ingleses llaman *excentricity*. Vestido á veces elegantemente, como Crebillon, el trágico, demostraba de pronto una singular indiferencia en su manera de vestir y tan pronto se le veía en coche como á pie. Tan pronto brusco como amable, áspero y avaro en apariencia, pero capaz de ofrecer su fortuna á sus maestros desterrados que le hicieron el honor de aceptarla por algún tiempo, ningún hombre ha inspirado ni ha sido objeto de juicios más contradictorios. Aunque capaz para lograr una condecoración, que los médicos no debieran solicitar con intrigas y de dejar caer en la corte un libro de oraciones de su bolsillo, no dudéis de que en su interior se burlaba de todo y de que sentía un profundo desprecio por los hombres, después de haberlos observado de arriba á abajo y después de haberlos comprendido tal cual son en medio de los actos más solemnes y más mezquinos de la vida. En los grandes hombres, las cualidades suelen guardar proporción. Si, entre esos colosos, existe alguno que tiene más talento que gracia, su gracia es aún mayor que la de aquel de quien se dice únicamente: «Es un hombre muy gracioso». Todo genio supone, necesariamente, un don de segunda vista, una vista moral. Esta vista puede aplicarse á alguna especialidad; pero el que ve la flor puede ver el sol. El que oyó á un diplomático salvado por él: «¿Como está el Emperador?» y le respondió: «El cortesano vuelve, el hombre sabrá abrirse paso», éste no es solamente cirujano ó médico, sino que es también prodigiosamente ocurrente. Así pues, el observador paciente y asiduo de la humanidad legitimará las exorbitantes pretensiones de Desplein y le creerá, como se creía él mismo, apto para ser tan buen ministro como buen médico.

Entre los enigmas que ofrece á los ojos de sus contemporáneos la vida de Desplein, hemos escogido uno de los más interesantes, porque su solución se encontrará al final del relato, vengándole de ciertas acusaciones.

De todos los discípulos que Desplein tuvo en el hospital, Horacio Bianchon fué uno de aquellos con quien más simpatizó. Antes de ser interno en el hospital, Horacio Bianchon era un estudiante de medicina, que se albergaba en una miserable casa de huéspedes del barrio latino, conocida con el nombre de la casa Vauquer. Este pobre joven sufría allí los ataques de esa ardiente miseria, especie de crisol de donde los grandes talentos

deben salir puros é incorruptibles, como diamantes que pueden ser sometidos á todos los choques sin romperse. Expuestos al fuego violento de sus pasiones desencadenadas, estos hombres adquieren la probidad más inalterable y contraen el hábito de las luchas que esperan al genio con el trabajo constante con que han procurado cercar sus apetitos engañados. Horacio era un joven recto, incapaz de tergiversar una palabra en las cuestiones de honor, que se iba siempre sin rodeos al asunto y que lo mismo estaba dispuesto por sus amigos á empeñar la capa, que á sacrificarles sus días y sus noches; Horacio era, en una palabra, uno de esos amigos que no se preocupan por lo que reciben á cambio de lo que entregan, seguros de percibir á su vez más de lo que dan. La mayor parte de sus amigos sentían por él ese respeto que inspira la virtud sin énfasis, y algunos de ellos temían su censura. Pero Horacio desplegaba estas cualidades sin ostentación. Ni puritano ni sermoneador, juraba con gracia cuando daba un consejo y acudía con gusto á una juerga cuando la ocasión se presentaba. Buen compañero, franco y leal, no como un marino, pues el marino de hoy es un astuto diplomático, sino como honrado joven que nada tiene que ocultar de su vida, Bianchor marchaba siempre risueño y con la frente muy alta. En fin, para expresarlo todo con una palabra y teniendo en cuenta que los acreedores son considerados hoy como" la representación más real de las furias antiguas, diremos que Horacio era el Pilades de más de un Orestes. Soportaba su miseria cor esa alegría que es sin duda una de las mayores pruebas de valor, y como todos los que no poseen nada, contraía pocas deudas. Sobrio como un camello, ágil y avispado como un ciervo, era invariable y permanecía firme en sus ideas y en su conducta. La vida feliz de Bianchon empezó el día en que el ilustre cirujano Desplein echó de ver las cualidades y los defectos que hacen doblemente precioso para sus amigos al doctor Horacio Bianchon. Cuando un jefe de clínica toma en su regazo á un joven, este joven pone, como suele decirse, el pie en el estribo, Desplein no dejaba de llevar á Bianchon como practicante á las casas opulentas, donde casi siempre caía alguna gratificación en la escarcela del interno, y donde se iban revelando insensiblemente al provenzal los misterios de la vida parisiense; le dejaba asistir á las consultas en su despacho, y á veces lo enviaba á acompañar á algún rico enfermo que iba á tomar aguas, preparándole de este modo una clientela. De todo esto resultó que, al cabo de cierto tiempo, el tirano tuvo un seide. Estos dos hombres, el uno en la cima de los honores y de la ciencia y gozando de una inmensa fortuna y de una inmensa gloria; y el otro modesto omega, llegaron á ser amigos íntimos. El gran Desplein no tenía secretos para su interno, y éste sabía si tal mujer se había sentado en una silla al lado de su maestro ó en el famoso canapé que se encontraba en el despacho y en el que Desplein acostumbraba á dormir; Bianchon conocía los misterios de aquel temperamento de león y de toro, que acabó por ensanchar y amplificar más de lo ordinario el gusto del gran hombre, y causó su muerte por el desarrollo del corazón. Estudió las extravagancias de aquella vida tan laboriosa, los proyectos de aquella avaricia tan sórdida, y las esperanzas del hombre político escondido bajo la capa del sabio, y pudo prever las decepciones que esperaban al único sentimiento que encerraba aquel corazón, más bien bronceado, que de bronce.

Un día, Bianchon dijo á Desplein que un pobre aguador del barrio de San Jacobo sufría una horrible enfermedad causada por las fatigas y la miseria. Aquel pobre auverniano no había comido más que patatas durante el crudo invierno del año 1821. Desplein dejó á todos sus enfermos, y exponiéndose á reventar su caballo, voló acompañado de Bianchon á la morada de aquel pobre hombre, y lo hizo transportar á la casa de salud establecida por el célebre Dubois en el arrabal de San Dionisio. Cuidó con el mayor cariño á este hombre, y cuando estuvo restablecido le dio la suma necesaria para comprar un caballo y una cuba. Aquel auverniano se distinguió por un rasgo

original; habiendo caído enfermo uno de sus amigos, lo llevó inmediatamente á casa de Desplein, diciendo á su bienhechor:

—No hubiese podido soportar que hubiera ido á casa de ningún otro.

Áspero y todo, como era, Desplein estrechó la mano al aguador y le dijo:

—Tráemelos á todos.

E hizo entrar al hijo de Cantal en el hospital, donde lo cuidó con el mayor esmero. Bianchon había observado ya varias veces que su jefe sentía mucha predilección por los auvernianos y sobre todo por los aguadores; pero como Desplein ostentaba una especie de orgullo en tratar bien á los enfermos de sus salas, el discípulo no vio en aquello nada de raro.

Un día atravesando la Plaza de San Sulpicio, Bianchon vio que su maestro entraba en la iglesia á eso de las nueve de la mañana, Desplein, que en aquella época no daba un paso sin su cabriolé, iba á pie y se colaba por la calle del Petit-Lion, como si entrase en una casa sospechosa. El interno que conocía las opiniones de su maestro, picado de curiosidad, entró en San Sulpicio, y no fue poco su asombro al ver al gran Desplein, á aquel ateo sin piedad por los ángeles que no ofrecen trabajo á los bisturíes y que no pueden tener fístulas ni gastritis, en una palabra, á aquel intrépido incrédulo, humildemente arrodillado, y ¿dónde diréis?... ante la capilla de la Virgen, ante la cual oyó una misa, dio para los gastos del culto, dio para los pobres y permaneció serio como si se hubiese tratado de una operación.

—Seguramente que no ha ido á esclarecer cuestiones relativas al parto de la Virgen—decía Bianchon, cuyo asombro no tuvo límites.—Si le hubiera visto en la procesión del Corpus llevando uno de los cordones del palio, el hecho me hubiera causado risa; pero á estas horas, solo y sin testigos, me da en verdad mucho que pensar.

Bianchon no quiso que pudiera creerse que espiaba al cirujano del hospital principal, y, por lo tanto, se alejó. Por casualidad, le invitó Desplein aquel mismo día á comer con él á una fonda, y de una cosa en otra, Bianchon llegó, mediante hábiles preparaciones, á hablar de la misa, calificándola de mojiganga y de farsa.

—Una farsa que ha costado más sangre á la cristiandad que todas las batallas de Napoleón y que todas las sanguijuelas de Brousais. La misa es una invención papal que no se remonta más allá del siglo VI y que está basada en el *Hoc est corpus*. ¡Cuantos torrentes de sangre ha sido preciso verter para establecer la fiesta del Corpus-Cristy; con cuya institución quiso la corte de Roma hacer constar su victoria en la cuestión de la presencia real, cisma que turbó á la Iglesia por espacio de tres siglos! Las guerras del conde de Tolosa y de los albigenses son la cola de esta cuestión. Los valdenses y los albigenses se negaban á reconocer esta innovación.

Por fin, Desplein se puso con satisfacción á desplegar toda su verbosidad de ateo, y su conversación fue un verdadero flujo de burlas volterianas, ó mejor dicho, una detestable falsificación del *citador*.

—¡Diablo!—se dijo Bianchon para sus adentros,—¿dónde está el devoto de esta mañana?

Pero guardó silencio porque llegó á dudar que fuese verdaderamente su maestro el individuo que había visto en San Sulpicio. Desplein no se hubiese tomado el trabajo de decir una mentira á Bianchon: ambos se conocían ya demasiado bien, se habían comunicado su modo de pensar sobre cuestiones tan graves como ésta, y habían discutido sistemas de *natura rerum*, sondándolas ó disecándolas con los bisturíes y el escalpelo de la incredulidad.

Transcurrieron tres meses. Bianchon no dio importancia á aquel hecho, sin embargo de que había quedado grabado en su memoria, cuando, un día de aquel mismo

año, uno de los médicos del hospital tomó á Desplein por el brazo, delante de Bianchon como para interrogarle.

—¿Qué iba V. á hacer ayer á San Sulpicio, mi querido maestro?

—A ver á un sacerdote que tiene una caries en la rodilla y al que la señora duquesa de Augulema me ha hecho el honor de recomendarme,—dijo Desplein.

El médico quedó satisfecho con esta respuesta, pero no Bianchon, el cual se dijo para sus adentros:

—¡Ah! ¿va á ver rodillas enfermas á la iglesia? Ya, ya caigo, iba á oír misa.

Bianchon se prometió acechar á Desplein, recordó el día y la hora en que lo había sorprendido entrando en San Sulpicio, y proyectó ir allí al año siguiente, el mismo día y la misma hora, á fin de ver si le sorprendía de nuevo. En este caso, la periodicidad de su devoción le autorizaría para llevar á cabo una investigación científica, pues no era probable que existiera en un hombre semejante una contradicción entre el pensamiento y la acción. Al año siguiente, el día y la hora dichas, Bianchon, que no era ya alumno de Desplein, vio que el cabriolé del cirujano se detenía en la esquina que forman la calle de Tournon y la del Petit-Lion, y que su maestro tomaba jesuíticamente á lo largo de los muros de San Sulpicio, donde oyó de nuevo misa en el altar de la Virgen. ¡No había duda que era Desplein, el cirujano, su jefe, el ateo *in petto*, el devoto por casualidad! La intriga se complicaba. La persistencia de aquel ilustre sabio era para llamar la atención á cualquiera. Cuando Desplein salió de la iglesia, Bianchon se acercó al sacristán, que estaba arreglando el altar, y le preguntó si el señor que acababa de marcharse era asiduo concurrente á la iglesia.

—Hace ya veinte años que estoy aquí—dijo el sacristán, —y en todo ese tiempo he visto siempre que el señor Desplein viene, cuatro veces al año, á oír esta misa, de la cual es fundador.

—¡Una fundación hecha por él!—se dijo Bianchon alejándose.—Esto sí que es cosa tan complicada como el misterio de la Inmaculada Concepción, misterio que por sí solo basta para hacer á un médico incrédulo.

Pasó algún tiempo sin que el doctor Bianchon, que seguía siendo amigo de Desplein, hubiese tenido ocasión para hablarle de aquella particularidad de su vida. Si bien se encontraban en consulta ó en sociedad, era difícil que hallasen ese momento de confianza y de soledad, durante el cual se permanece con las piernas tendidas, la cabeza apoyada en el respaldo de un sillón y en el que dos amigos se cuentan sus secretos. Por fin, á los siete años de ocurrido este hecho, después de la Revolución de 1830, cuando el pueblo se precipitaba sobre el arzobispado, cuando las inspiraciones republicanas lo empujaban á destruir las cruces doradas que despuntaban como rayos en medio de la inmensidad de este océano de casas; cuando la incredulidad y la sedición llenaban las calles, Bianchon sorprendió á Desplein entrando una vez más en San Sulpicio. El doctor le siguió y se colocó á su lado, sin que su amigo le hiciese la menor seña, ni diese muestras de la menor sorpresa. Ambos oyeron la misa fundada por el ateo.

—Amigo mío—dijo Bianchon á Desplein una vez que estuvieron fuera de la iglesia,—¿quiere usted decirme la razón de su modo de proceder? Esta es la tercera vez que le sorprendo á usted oyendo misa. ¿Quiere usted explicarme la razón de ese misterio y de ese desacuerdo flagrante entre sus opiniones y su conducta? Usted no cree en Dios y va á misa, y, por lo tanto, está usted obligado á responderme, mi querido maestro.

—Amigo mío, me parezco en esto á muchos devotos, á muchos hombres profundamente devotos en apariencia pero que son tan ateos como usted y yo podemos serlo.

Y á continuación de esto, soltó un verdadero torrente de epigramas acerca, de algunos personajes políticos; de los cuales el más conocido ofrece en este siglo una nueva edición del *Tartufo* de Moliere.

—Yo no le pregunto á usted todo eso—le dijo Bianchon. —Quiero saber lo que viene usted á hacer aquí y el porqué ha fundado esta misa.

—A decir verdad, querido amigo—dijo Desplein,—estoy ya muy próximo á la tumba, y, por consiguiente, no hay inconveniente en que le hable á usted de los principios de mi vida.

En este momento, Bianchon y el gran hombre se encontraban en la calle de los Cuatro Vientos, que es una de las calles más horribles de París. Desplein subió al sexto piso de una de esas casas que parecen un obelisco y cuya puerta de dos hojas da á un estrecho pasillo, al extremo del cual se ve una tortuosa escalera, alumbrada por luces que con razón, reciben en Francia el nombre de *luces de sufrimiento*. Era la tal vivienda una casa de color verdoso, en cuyo piso bajo vivía un comerciante de muebles, y que parecía albergar en cada uno de sus pisos una miseria diferente. Levantando el brazo con gran energía, Desplein dijo á Bianchon:

—He vivido allá arriba dos años.

—Ya lo sé; de Arthez también ha vivido, y yo he subido ahí casi todos los días, durante mi primera juventud. Entonces le llamábamos *el foco de los grandes hombres*. Bueno, ¿qué más?

—La misa que acabo de oír está enlazada con acontecimientos que ocurrieron cuando habitaba la buhardilla en que dice usted que vivió también de Arthez, aquella en cuya ventana se ve una cuerda cargada de ropa y un tiesto. Mis comienzos fueron tan rudos, mi querido Bianchon, que puedo disputar á cualquiera la palma de los sufrimientos parisienses, lo he soportado todo: hambre, sed, falta de dinero, de trajes, de calzado y de ropa interior, todo lo que la miseria tiene de más rudo. He soplado muchas veces mis dedos entumecidos, en ese foco de grandes hombres que quisiera visitar de nuevo en compañía de usted. He trabajado durante un invierno viendo humear mi cabeza y distinguiendo el aire de mi transpiración, como distinguimos el aliento de los caballos en un día de helada. Hoy me parece imposible que yo ni nadie pudiese soportar semejante vida. Estaba solo, sin recursos, sin un céntimo para comprar los libros y los gastos de mi educación médica, y sin tener un amigo, pues mi carácter irascible, sombrío é inquieto, me perjudicaba mucho. Nadie quería ver en mis irritaciones la miseria y el trabajo del hombre que, desde el fondo del estado social en que nace, lucha para llegar á la superficie. Pero á usted, ante quien no necesito fingir, puedo decirle que yo tenía esa suma de buenos sentimientos y de viva sensibilidad que ha de ser siempre el patrimonio de los hombres bastante fuertes para llegar á una cima cualquiera, después de haber frecuentado largo tiempo los pantanos de la miseria. Yo no podía sacar de mi familia y de mi país nada más que la insuficiente pensión que me proporcionaba. En fin, en aquella época, comía por la mañana, ensopado en leche, un panecillo que el panadero de la calle de Petit-Lyon me vendía más barato, porque era de la víspera ó de la antevíspera, y de esa manera mi almuerzo no me costaba más que diez céntimos. Un día sí y otro no, iba á comer á una posada donde la comida costaba ochenta céntimos; así es que no gastaba en comer más que dos reales diarios. Usted sabe tan bien como yo el cuidado que hay que tener cuando se está en esa situación, del calzado y de la ropa. Yo no sé si más tarde llega uno á experimentar tanta pena al ver la traición de un amigo, como el que hemos experimentado, lo mismo usted que yo, al ver la burlona mueca de un zapato que se rasga, ó al oír que se desgarra la costura de una levita. No bebía más que agua, y los cafés me inspiraban el mayor respeto. Zoppi me parecía una tierra de promisión, donde sólo tenían derecho á entrar los lúculos de país latino. ¿Podría nunca,

me decía yo á veces, tomar ahí una taza de café con crema y jugar una partida de dominó? Y procuraba emplear en mis trabajos la rabia que me inspiraba mi miseria, y procuraba acaparar conocimientos positivos, á fin de tener un inmenso valor personal para merecer la plaza á que había de llegar el día en que saliera de la nada. Consumía más aceite que pan. La luz que me alumbraba durante aquellas noches obstinadas me costaba más cara que el alimento. Aquel duelo fue largo, obstinado y sin consuelo. Yo no despertaba ninguna simpatía en torno mío. Para tener amigos, es preciso juntarse con gente joven y poseer algún dinero para poder presentarse en aquellos lugares adonde van los estudiantes. Yo no tenía nada, y nadie en París llega á figurarse nunca que *nada* pueda ser *nada*. Cuando se trataba, de descubrir mis miserias, experimentaba en la garganta esa contracción nerviosa que hace creer á los enfermos que les sube una bala del esófago á la laringe. Más tarde he encontrado gentes ricas que, no habiendo carecido nunca de nada, no conocen el problema de esta regla de tres: *Un joven ES al crimen como una moneda de cinco pesetas ES á x*. Esos afortunados imbéciles me dicen á veces: «Pero ¿por qué contraía usted deudas? ¿Por qué se creaba obligaciones onerosas?» Cuando les oigo, me hacen el efecto de aquella princesa que, sabiendo que el pueblo se moría de hambre, decía: «¿Por qué no compran tortas?» Sí, quisiera ver a uno de esos ricos que se quejan de que les cobro demasiado caro por operarles, quisiera verlo, repito solo en París, sin dinero, sin casa, sin amigos y sin crédito, y obligado á trabajar con sus cinco dedos para vivir. ¿Qué haría? ¿Adonde iría á aplacar su hambre? Bianchon, si alguna vez me ha visto usted grosero y duro, es porque recordaba mis dolores y la insensibilidad y el egoísmo de que me han dado prueba mil veces las esferas elevadas, ó bien porque pensaba en los obstáculos que el odio, la envidia, los celos y la calumnia levantaron entre mí y el éxito. En París, hay gentes que cuando le ven á uno con el pie en el estribo, los unos le tiran del faldón de la levita, los otros sueltan la hebilla de la cincha para que se rompa uno la cabeza al caer; aquél deshierra el caballo, el otro le roba el látigo; el menos traidor es el que se aproxima á él de frente para soltarle un pistoletazo á boca de jarro. Hijo querido, usted tiene bastante talento para conocer pronto las batallas que las medianías libran al hombre superior. Si pierde usted veinticinco luises una noche, al día siguiente será usted acusado de ser un jugador, y sus mejores amigos dirán que ha perdido usted la víspera veinticinco mil francos. Si tiene usted dolor de cabeza, pasará por loco; si tiene usted vivacidad, pasará por insociable. Si, para resistir á ese batallón de pigmeos, se arma usted de fuerzas superiores, sus mejores amigos exclamaran que quiere usted devorarlo todo y que tiene usted la pretensión de dominar y de tiranizar á todo el mundo. En una palabra, sus cualidades se convertirán en defectos, y sus defectos pasarán á ser vicios, y sus virtudes crímenes. Si no ha salvado usted á alguno, dirán que lo ha matado; si el enfermo mejora y continúa siendo su cliente, dirán que ha procurado usted asegurar el presente á expensas del porvenir, y que si no ha muerto, morirá. Si tropieza usted en algo, dirán que se ha caído. Invente usted cualquier cosa y reclame sus derechos, y será usted calificado de hombre tacaño y astuto que no quiere dar salida al elemento joven. De modo que, querido mío, si no creo en Dios, creo menos en los hombres. ¿No ve usted en mí un Desplein completamente diferente del Desplein que todo el mundo critica? Pero no recordemos aquel montón de miserias. Como decía: habitaba en esta casa, trabajaba noche y día para sufrir mi primer examen y no tenía un céntimo. Había llegado á uno de esos extremos últimos en que un hombre se dice: «¡Sentaré plaza de soldado!» Sólo me quedaba una esperanza: esperaba de mi país un baúl lleno de ropa, regalo de una de esas tías ancianas que, desconociendo en absoluto lo que es París, sólo piensan en las camisas, imaginándose que con treinta francos al mes, su sobrino debe estar como un príncipe. El baúl llegó mientras yo estaba en el colegio; ¡el porte había costado cuarenta

francos! que habían sido pagados por el portero, zapatero alemán que vivía en la buhardilla y en cuyo poder se hallaba aquel. Me paseé por la calle de los Possés-Saint-Germain-des-Prés, y por la calle de la Escuela de Medicina, sin poder inventar una estrategia que me pusiese en posesión del baúl, sin necesidad de pagar los cuarenta francos, que yo me hubiera apresurado á entregar, como es natural, después de haber vendido la ropa; pero mi estupidez me hizo comprender que yo sólo servía para cirujano. Querido mío, las almas delicadas, cuya fuerza se ejerce en una esfera elevada, carecen de ese espíritu de intriga fértil en recursos y combinaciones; su genio es la casualidad; no busca, encuentra. Por fin, llegada la noche, me decidí á volver á casa en el momento en que entraba mi vecino, aguador llamado Bourgeat, natural de Saint-Fleur. Este hombre y yo nos conocíamos como se conocen dos inquilinos que tienen sus habitaciones contiguas, que se oyen en el dormir, toser y vestirse, y que acaban por acostumbrarse el uno al otro. Mi vecino me comunicó que el propietario, al que debía yo tres meses, me había despedido, y que tendría que desalojar al día siguiente. A él también le había hecho lo mismo, á causa de su profesión. Pasé la noche más dolorosa de mi vida.

—¿Dónde buscar un hombre para que trasladase mis cuatro trastos y mis libros? ¿Cómo pagar al mozo de cuerda y al portero? ¿A dónde ir?

Con lágrimas en los ojos me repetía yo estas preguntas insolubles, como se repiten los locos sus refranes. Por fin, me dormí. La miseria tiene para sí un reposo divino lleno de hermosos sueños. Al día siguiente por la mañana, en el momento en que comía mi escudilla de pan ensopado en leche, Bourgeat entra y me dice bruscamente:

—Señor estudiante, yo soy un pobre hombre hospiciano del hospital de Saint Fleur, sin padre ni madre, y no soy bastante rico para poder casarme. Usted no es tampoco fértil en parientes ni cuenta con lo que yo cuento. Escuche usted, yo tengo abajo un carrito de mano que he alquilado á diez céntimos la hora, y éste carrito puede llevar todos nuestros cachivaches; si usted no tiene inconveniente, y puesto que nos arrojan de aquí, podemos buscar un cuarto para vivir juntos; ¡qué demonio! después de todo, este cuarto no tiene nada del paraíso terrestre.

—Ya lo sé, mi buen Bourgeat,—le dije,—pero me encuentro muy apurado porque tengo abajo un baúl que contiene más de cien escudos de ropa, con cuyo importe podría pagar al propietario y lo que le debo al portero, y como no tengo un céntimo, no voy á poder sacarlo.

—¡Bah! aun me quedan á mi algunos cuartos,—me respondió alegremente Bourgeat enseñándome una bolsa vieja de grasiento cuero.—No tendrá usted necesidad de vender la ropa.

Bourgeat pagó los tres meses que yo debía y el suyo, y abonó al portero la cuenta. Después, colocó nuestros muebles en el carrito y lo arrastró por las calles deteniéndose delante de las casas en que había pisos para alquilar. Yo le acompañaba y subía á los pisos para ver si el local nos convenía. A las doce aun errábamos por el barrio latino sin haber encontrado nada. El precio era un gran obstáculo; Bourgeat me propuso que fuésemos á comer á casa de un vinatero, á cuya puerta dejamos el carrito. A eso del obscurecer encontramos en el patio de Rohan, en el pasaje del Comercio, una buhardilla con dos cuartos separados por la escalera, que sólo costaba ciento veinte francos al año, y con esto henos ya trasladados á mi humilde amigo y á mí. Comimos juntos. Bourgeat, que ganaba unos diez reales diarios, poseía ya unos cincuenta duros, y estaba muy próximo á poder realizar su ambición, que era comprar un tonel y un caballo. Al saber mi situación, pues me fue sacando los secretos con un tino y una delicadeza cuyo recuerdo conserva aún hoy mi corazón, renunció por algún tiempo á la

ambición de toda su vida: Bourgeat era aguador hacía veintidós años, y sacrificó sus cien escudos por mi porvenir.

Esto diciendo, Desplein oprimió violentamente el brazo á Bianchon.

—Me dio el dinero necesario para mis exámenes. Aquel hombre, amigo mío, comprendió que yo tenía un porvenir y que las necesidades de mi inteligencia eran más importantes que las suyas. Se ocupó de mí, me llamaba su hijo, me prestó el dinero necesario para comprar los libros é iba de vez en cuando de puntillas á verme trabajar; en fin, sus cuidados verdaderamente paternales llegaron hasta á obligarme á substituir el alimento insuficiente y malo á que estaba condenado, por un alimento sano y abundante. Bourgeat, hombre de unos cuarenta años, tenía cara de aldeano de la edad media, una frente bombeada y una cabeza que un pintor hubiera podido tomar como modelo para un licurgo. El pobre hombre sentía en su corazón hambre de afectos, y no había sido amado nunca más que por un perro, que había muerto hacía poco, y del cual me hablaba siempre, preguntándome si creía yo que la Iglesia consentiría en decir misa por el descanso de su alma. Según decía él, su perro era un verdadero cristiano, que le había acompañado durante doce años á la iglesia, sin que nunca hubiese ladrado, que escuchaba los órganos sin aullar y que permanecía acurrucado á su lado en una actitud que le hacía creer que rogaba con él. Aquel hombre fijó en mí todo su afecto, me aceptó como un ser solo y desgraciado, y pasó á ser para mí la madre más atenta, un bienhechor delicado y, en una palabra, el ideal de esa virtud que se complace en su obra. Cuando lo encontraba en la calle, me dirigía una mirada de inteligencia llena de inconcebible nobleza, procuraba andar con ligereza, como si no le molestase la carga de agua que soportaba y se consideraba feliz al verme robusto y bien vestido. En una palabra, tuvo para mí la abnegación de un padre y el amor de madre. Bourgeat me hacía los recados, me despertaba por la noche á las horas convenidas, limpiaba mi quinqué y fregaba el descansillo de nuestra escalera: limpio como una inglesa, era tan buen criado como buen padre. El cocinaba, serraba como Philopémen la leña y comunicaba á todas sus acciones una gran sencillez, conservando siempre su dignidad, pues parecía comprender que el objeto lo ennoblecía todo. Cuando me separé de aquel buen hombre para entrar en el hospital como interno, experimentó no sé qué dolor al pensar que ya no podría vivir conmigo; pero se consoló con la perspectiva de reunir el dinero necesario para los gastos de mi licenciatura y me hizo prometer que iría á verle los días de salida. Bourgeat estaba orgulloso de mí y me amaba por mi y por él. Si lee usted el discurso de mi licenciatura, verá que se lo dediqué á él. El último año que estuve interno en el hospital yo había ganado el dinero suficiente para devolver lo que le debía á aquel digno auverniano comprándole un caballo y un tonel. Aquel pobre hombre se puso furioso al saber que me privaba de mi dinero, y sin embargo estaba encantado al ver sus intentos realizados; se reía y me reñía al mismo tiempo; miraba el tonel y el caballo y se enjugaba una lágrima diciéndome: «¡Mal hecho, mal hecho! ¡Ah! ¡qué tonel más hermoso! Ha hecho usted mal, ¡el caballo es más fuerte que un auverniano!» Nunca he visto nada tan conmovedor como aquella escena. Bourgeat se empeñó en comprarme aquel estuche, con adornos de plata que habrá usted visto en mi despacho y que es la cosa más preciada que poseo. Aunque se embriagaba con mis propios éxitos, nunca se le escapó la menor palabra ni el menor gesto que quisiesen decir: «¡Gracias á mí se ha distinguido este hombre!» Y sin embargo, sin él, nada más cierto que la miseria me hubiese matado. El pobre hombre se había sacrificado por mí y no había comido más que pan frotado con ajo, á fin de que yo tuviese el café necesario para poder velar. Una vez cayó enfermo, y como usted puede imaginarse, yo pasé las noches á su cabecera y logré salvarlo; pero dos años después tuvo una recaída, y, á pesar de los cuidados más asiduos, á pesar de los esfuerzos más grandes de la ciencia, murió. Jamás rey alguno

estuvo mejor cuidado que él. Sí, Bianchon, para arrancar aquella vida á la muerte, hice cosas inauditas. Quería prolongar su vida para que fuese testigo de su obra, para realizar todos sus deseos, para satisfacer el único afecto que me llenó el corazón, para dar expansión á un cariño que, aun hoy ocupa por entero mi alma. Bourgeat,—repuso Desplein, después de una pausa, visiblemente emocionado,—Bourgeat que fue mi segundo padre, murió en mis brazos dejándome todo lo que poseía mediante un testamento que había hecho en casa de un escribano público y que llevaba la fecha del año en que habíamos ido á vivir juntos al patio de Rohan. Aquel hombre tenía la fe del carbonero y amaba á la Santa Virgen como hubiera amado á su mujer. Católico ardiente, no había dicho nunca una palabra acerca de mi incredulidad. Cuando estuvo en peligro, me rogó que procurase que no le faltasen nunca los auxilios de la Iglesia. Yo hice decir todos los días una misa por él. Muchas veces, durante la noche, me comunicaba sus temores acerca de su porvenir, pues temía no haber vivido bastante santamente. ¡Pobre hombre! ¡Trabajaba de la mañana á la noche como un negro! ¿A quién sino á él pertenece el cielo si es que hay un cielo? Recibió los Sacramentos como un santo que era y su muerte fue digna de su vida. Yo fui el único que le acompañé al cementerio. Cuando vi ya bajo tierra a mi único bienhechor, empecé á discurrir el medio de mostrarle mi agradecimiento; aquel hombre no tenía familia, ni amigos, ni mujer, ni hijos, tenía una convicción religiosa; ¿podía yo de algún modo discutírsela? El pobre me había hablado tímidamente de las misas que se decían por el descanso de los muertos, pero no quería imponerme este deber pensando que aquello equivaldría á querer cobrar los favores que me había hecho. Tan pronto como pude establecer una fundación, di en San Sulpicio la suma necesaria para que se dijesen cuatro misas al año. Como que la única cosa que puedo ofrecer á Bourgeat es la satisfacción de sus piadosos deseos, el día que se dice esa misa, ó sea, el principio de cada estación, voy á oirla en su nombre y recito por él las consiguientes oraciones. Yo digo con la buena fe del escéptico: «¡Dios mío, si existe una esfera donde colocas después de su muerte á aquellos que han sido perfectos, piensa en el buen Bourgeat; y si es necesario sufrir por él, dame á mí más sufrimientos, á fin de hacerle entrar más pronto en ese lugar que se llama cielo.» He aquí, querido mío, lo único que puede permitirse un hombre de mis creencias. Dios debe ser un buen diablo y seguramente que no me guarda por ellas ningún rencor. Se lo juro á usted, daría toda mi fortuna por que las creencias de Bourgeat pudiesen penetrar en mi cerebro.

Bianchon, que cuidó á Desplein en su última enfermedad, no se atreve á afirmar hoy que el ilustre cirujano haya muerto ateo. ¿No tendrán especial complacencia los creyentes en pensar que el humilde auverniano haya ido á abrirle la puerta del cielo como le abrió antes la puerta del templo terrestre, en cuyo frontispicio se lee: *A los grandes hombres, la patria agradecida?*

París, enero de 1856.